

Los desastres naturales y su impacto social. Una visión antropológica

Natural disasters and its social impact. An anthropological view

Jorge Pacheco, José Antonio Lugo y Lizbeth Tzuc (2010), *Impactos del huracán "Isidoro" en comisarías y subcomisarías de Mérida*, Ciudad de México: Universidad Autónoma de Yucatán (UADY)-Plaza y Valdés, 124 páginas, ISBN 978-607-402-244-5.

En este libro, los autores exponen los resultados de la investigación que llevaron a cabo para conocer los impactos que el huracán Isidoro provocó entre los habitantes de las comisarías y subcomisarías del municipio de Mérida, al entrar a la península de Yucatán el 22 de septiembre de 2002. Este meteoro tuvo distintos impactos y un efecto diferenciado entre la población de esta porción del territorio nacional. Para los habitantes de Mérida, los daños materiales fueron mínimos; en general, se redujeron a la suspensión de los servicios de agua potable, electricidad y telefonía. En ciertos sectores de la ciudad, esta suspensión fue durante unas horas y, en otros, por varios días. No así en las comisarías y subcomisarías de Mérida y de todo el estado; ahí, los habitantes, no sólo resintieron estos problemas durante mucho tiempo más, sino que también pusieron en riesgo sus vidas y su escaso patrimonio. Estos últimos problemas son los que Jorge Pacheco, José Antonio Lugo y Lizbeth Tzuc analizan. En este sentido, la pregunta que permea en su libro es: ¿por qué los habitantes de las comisarías y subcomisarías de Mérida resintieron más los impactos del huracán Isidoro?

La obra en cuestión comprende 120 páginas divididas en ocho capítulos, de los cuales, los integrantes del equipo referido dedican siete

capítulos a la narración de los aspectos más relevantes de su investigación, y uno más en el que dan cuenta de sus conclusiones. Su lectura, resulta amena y de fácil comprensión, esto se debe a que a lo largo del texto los antropólogos Pacheco, Lugo y Tzuc, evitan utilizar un lenguaje plagado de tecnicismos y revestido de enfoques teóricos que no sólo harían cansada su lectura, sino que también dificultarían su comprensión. En lugar de lo anterior, optan por un lenguaje sencillo, propio de la etnografía en el que la voz de los actores sociales siempre sale a relucir. Esto hace que *Impactos del huracán “Isidoro” en comisarías y subcomisarías de Mérida* esté al alcance lo mismo de un público especializado como de otro no especializado; sobre todo, de los encargados de prevenir este tipo de desastres o de implementar los programas tendientes a mitigar sus efectos entre los damnificados. Así pues, el lenguaje sencillo y la apertura de recepción son características que no siempre cumplen las investigaciones antropológicas o de cualquier otra disciplina, a mi juicio, ésta sería su primera virtud.

El libro de Pacheco, Lugo y Tzuc, por su objeto de estudio, ofrece una amplia gama de perspectivas que hacen que se le pueda ubicar en los *corpus* epistémicos de varias disciplinas: por un lado sería la ecología humana, y por otro, la antropología. La primera, tiene por objeto de estudio la relación de las poblaciones humanas con su medio ambiente, cómo éstas inciden en su transformación, y cómo ese medio ambiente igualmente incide en la cultura de esas poblaciones y en la organización de su vida social; la segunda, puede ser utilizada por los organismos estatales y organizaciones civiles para diseñar programas de capacitación, en los que se enseñe a la población cómo prevenir determinados fenómenos meteorológicos, y qué hacer durante su presencia.

Es evidente que los habitantes de las comisarías y subcomisarías de Mérida tienen, y han tenido, distintas formas de relacionarse con su ambiente, tanto físico como social. Los últimos quinientos años, por ejemplo, ilustran cómo las relaciones de los pobladores del espacio que hoy corresponde a esos asentamientos, estuvieron mediadas por las actividades económicas que éstos practicaron, ya sea para su subsistencia, como en el caso de la agricultura, o por la explotación de su fuerza de trabajo en forma de trabajo gratuito o remunerada por un jornal,

como en el caso del cultivo del henequén para el mercado. Las reformas que introdujeron los gobiernos posrevolucionarios modificaron estas relaciones. Sin abundar en el caso, estas relaciones estuvieron mediadas por los representantes del Estado mexicano. Es decir, tuvieron un fuerte ingrediente político enmarcado en un sistema capitalista que cada día envolvía todas las esferas de su vida social, hasta sumergirlos en la pobreza, e incluso, en la miseria. Condiciones que a juicio de los autores fueron determinantes para que los habitantes de los sitios estudiados resultaran los más afectados por el huracán Isidoro.

Hoy en día, como Pacheco, Lugo y Tzuc lo demuestran en su investigación, el neoliberalismo que se cierne sobre los habitantes de las comisarías y subcomisarías de Mérida, ha extremado esas relaciones, a tal grado, que les impide tener los recursos suficientes para enfrentar las catástrofes de la naturaleza y les distancia cada vez más del progreso y bienestar a que tienen derecho. Por ejemplo, trabajo digno, educación de calidad, sistema de salud de primerísimo nivel y capacidad de ahorro que les permita disfrutar, sin preocupaciones económicas, el resto de sus vidas. En contra de esas ideas de progreso y certidumbre que pregonaba la modernidad, la única certeza que a esos individuos les queda es la inseguridad y vulnerabilidad que encierra todo riesgo, en el que transcurre su vida cotidiana y la de sus familias.

Los antropólogos que se ocuparon del estudio de las sociedades que llamaron primitivas, encontraron en el concepto *comunidad* la representación idílica, en consecuencia antitética, de las sociedades occidentales. Entre otros muchos elementos, creyeron que esas comunidades eran homogéneas, armónicas y estaban libres de contradicción alguna. Bajo esa mirada, no pocos antropólogos creyeron encontrar en nuestras sociedades rurales la encarnación de esas comunidades. La introducción del concepto *conflicto* en el análisis de esas sociedades vino a confirmar no sólo su heterogeneidad sino, más aún, que entre sus integrantes estaban presentes diversos enfrentamientos y contradicciones. En este sentido, dichas comunidades eran, como diría Benedict Anderson, por demás imaginadas, pues la realidad mostraba otra cosa.

A diferencia de algunos analistas que idealizan los pueblos rurales de Yucatán y creen ver en ellos esas *comunidades*, los autores de *Impactos del huracán "Isidoro" en comisarías y subcomisarías de Mérida*, nos demuestran que en esos espacios hay tensiones latentes que ante contingencias como las de ese huracán, éstas se desencadenan, y afloran los conflictos entre sus habitantes sin importar sus relaciones de amistad, su afinidad política o, peor todavía, el grado de parentesco que exista entre ellos. Así, los autores de dicha obra, narran cómo esos individuos ante su escaso o nulo capital, se peleaban por un fardo de láminas de cartón, un saco de cemento, unos cuantos bloques y demás beneficios que las autoridades les proporcionaban a través del Fondo Nacional para Desastres Naturales. Muestra fehaciente de este tipo de contradicciones, que envolvió a esas comisarías y subcomisarías, fue la desconfianza hacia las autoridades que a partir de entonces prevaleció. Para decirlo en términos de Émile Durkheim, la anomia se enseñoreó sobre estos poblados. Desde esa perspectiva, la lectura del libro que escriben Pacheco, Lugo y Tzuc, sugiere que el mayor desastre que el huracán Isidoro dejó a los habitantes de esos espacios fue la transformación, total o parcial, de las relaciones sociales que marcaban su convivencia cotidiana: sobre los sentimientos o espíritu comunitario, se impuso el individualismo.

Sin embargo, a pesar de esas contradicciones que desestabilizaron la vida social de las comisarías y subcomisarías analizadas, hubo casos en los que persistió la solidaridad hacia las personas de la tercera edad, o con personas cuyas viviendas resultaron más dañadas o perdieron la totalidad de sus enseres domésticos y animales. A pesar de las incomodidades y limitaciones, los menos afectados recibieron en sus hogares a los más desvalidos y les ayudaron a reparar sus viviendas. Todo esto, al margen de las relaciones de parentesco que les pudiera unir.

Por otra parte, la obra que ahora reseño es factible de ubicarse en la antropología aplicada, sólo que este tipo de antropología no se refiere a la que tenía por objetivo la integración de las llamadas comunidades indígenas a la economía que supuestamente marcaba el progreso de la nación (Aguirre Beltrán, 1970). El fracaso de ese tipo de antropología que sustentaba al indigenismo, en tanto política pública y corriente teórica, conlleva a la búsqueda de un marco epistémico alternativo que anteponga

los intereses y el sentido que los propios sujetos le dan a lo que ellos mismos consideran progreso o desarrollo. Las limitaciones que ofrecen los viejos indicadores economicistas para medir el desarrollo, por ejemplo, el Producto Interno Bruto (PIB), obliga a diseñar nuevos indicadores que desemboquen en una concepción del desarrollo que tenga como punto de partida la visión de los sujetos y como punto de llegada su propio bienestar.

Obviamente, la antropología aplicada a la que me refiero, ha de tener como fin último la elaboración de un modelo de desarrollo que derive en relaciones sociales más equitativas, y que erradiquen la tremenda desigualdad que prevalece en nuestra sociedad. Ya no es posible que haya quienes navegan en la opulencia e individuos que naufragan en la miseria.

Ahora bien, la construcción de una antropología aplicada con esas características y de un modelo de desarrollo que apunte en esa dirección, se sintetizan en la recuperación del sujeto social; es decir, concebir al individuo como el generador de acciones que promuevan ese modelo de desarrollo, y no solamente como simple receptor de las acciones que, con fines corporativistas, se toman en su nombre por los planificadores de las políticas públicas, las cuales solamente benefician a estos últimos o a los organismos que representan, sean éstos políticos, religiosos, civiles o del signo que fueren.

Otro aspecto que gustaría destacar de *Impactos del huracán "Isidoro" en comisarías y subcomisarías de Mérida*, es la estrategia metodológica a la que sus autores recurrieron durante la investigación que dio lugar a este texto. Me parece acertada la concepción que tuvieron de este meteoro en tanto proceso que encierra un *antes*, un *durante* y un *después* de su infausta presencia en nuestro municipio, en particular, y nuestro estado, en general. A mi juicio, los viejos esquemas sincrónicos y por demás fijistas, ya han quedado superados. Si queremos conocer a profundidad el comportamiento de cualquier fenómeno, es indispensable analizarlo en toda su dinámica y sus dimensiones, de lo contrario, solamente tendremos una visión parcializada y, por tanto, incompleta.

Lo mismo ocurre con la selección de los sujetos de estudio y la unidad de análisis que los autores mencionados hicieron. Igualmente me parece

un acierto su decisión por los individuos y no por las comisarías y subcomisarías, si hubiera sido esto último, no hubieran podido acceder a la comprensión del verdadero impacto de ese huracán. Pero sobre todo, no hubieran podido comprender, y así explicar, por qué éstos resultaron más afectados que cualquiera de los habitantes de alguna colonia o fraccionamiento del norte de Mérida. En cambio, hubieran hecho sólo un recuento de los daños a los servicios públicos y a la escasa infraestructura urbana que poseen estos asentamientos, sin llegar al problema medular que representan los individuos y sus familias. Los autores no lo dicen, pero es evidente que su unidad de análisis son las unidades familiares, pues los afectados no fueron los sujetos en forma individual, sino todos aquellos con quienes componen una unidad familiar o simplemente una familia en cualquiera de sus formas. Aun cuando no hubo pérdida de vidas humanas que lamentar, las esposas y los hijos resintieron que su esposo y padre, respectivamente, hubieran quedado sin empleo o que hubieran perdido los aparatos eléctricos que les proporcionaban cierta diversión. Del mismo modo, todos los integrantes de la unidad familiar experimentaron haberse quedado sin techo e ir a encomendarse a casa de algún pariente. Ni qué decir de los hijos y padres de las mujeres que son jefas de familia y que, igualmente, perdieron su trabajo a causa de haberse cerrado su fuente de empleo.

En este mismo horizonte de reflexión, los autores optan por el tiempo en el que se suscribe el fenómeno analizado y la acción de los sujetos estudiados, ya que pudieron haber optado por hacer una historia de los huracanes a lo largo de la historia de Yucatán, o tal vez imaginárselo, porque no hay muchos registros al respecto en los libros de los historiadores de Yucatán o en los archivos locales. Es decir, por encima de la historia de larga o mediana duración, dichos autores privilegian la historia de corta duración o a la historia en la que transcurre la cotidianidad de los actores. La referencia que hacen de los huracanes que asolaron la península de Yucatán, les sirve para ilustrar su registro en la memoria de sus entrevistados.

La descripción del contexto en que transcurre la vida cotidiana de los habitantes de las comisarías y subcomisarías estudiadas por los autores,

es una muestra que permite conocer las condiciones del día a día tanto de estos individuos como de los que residen en las demás comisarías y subcomisarías de Yucatán; para decirlo rápido, de las condiciones de precariedad y abandono en el que se debate el campo yucateco, las cuales no se han atendido debidamente, y que ponen en riesgo de volver a experimentar la amarga experiencia. En este sentido, el Estado, en sus tres niveles de gobierno, tiene una deuda pendiente con ellos.

En suma, uno de los logros más relevantes de Jorge Pacheco, José Antonio Lugo y Lizbeth Tzuc es, además de lo antes dicho, haber demostrado que eventos como el huracán Isidoro, para el escándalo de muchos científicos naturales, no son simples fenómenos atmosféricos, meteorológicos o naturales, sino que también son fenómenos eminentemente sociales. Al menos esa es la conclusión que saco de la lectura de *Impactos del huracán "Isidoro" en comisarías y subcomisarías de Mérida*.

Bibliografía

Aguirre Beltrán, Gonzalo (1970), *El proceso de aculturación en México*, Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.

Benedict Anderson (2007), *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la fundación del nacionalismo*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica (FCE).

Durkheim Emile (2007), *División del trabajo social*, Ciudad de México: Colofón.

Luis A. Vázquez Pasos. Doctor en sociología por El Colegio de México (COLMEX). Profesor investigador de la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY). Líneas de investigación: teoría social, identidades, antropología de la religión. Publicaciones recientes: Editor de *Niños y jóvenes en Yucatán. Miradas antropológicas a problemas múltiples* (2011); “Secularización y cultura(s) católica(s) entre jóvenes universitarios de Mérida”, en *Revista de la Federación de Asociaciones de Espina Bífida* (FAEBA) (2011); “La construcción de una identidad imaginada: El Caribe”, en *Revista Brasileira do Caribe* (2009).

Correo electrónico: vpasos@uady.mx

Fecha de recepción: 9 de enero de 2012.

Fecha de aceptación: 21 de febrero de 2012.